MEMORIAS DE UN SER DE LUZ

[Carlos Rodríguez Garrido]

Una novela basada en la vida real de la vidente
Felipa Fernández Ortiz

AngelsFortune
[Editions]

MEMORIAS DE UN SER DE LUZ
Primera edición: septiembre 2018
©Copyright de la obra: Felipa Fernández Ortiz
©Copyright de la edición: Angels Fortune Editions
Email: angelsfortuneditions@gmail.com
ISBN: 978-84-948091-8-7
Depósito Legal: B-23409-2018
Escritor: Carlos Rodríguez Garrido
Corrección: Teresa Ponce Giménez
Diseño e imagen de portada: Celia Valero
Maquetación: Celia Valero
Imprenta: Readontime
www.angelsfortuneditions.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada.
La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

Ángel de la guarda, dulce compañía,
no me dejes sola ni de noche ni de día

[A mi querido hermano Jesús,
un ser de luz siempre en mi recuerdo.]

[Y a mi hermano Harry,
por su ilusión en este proyecto.]

Nota del autor

Nunca creí que escribir un libro por encargo removería tanto mis sentimientos. La vida de Felipa es una historia conmovedora. Leer sus anotaciones es como si te hicieran un examen para comprobar que todos tus sentimientos funcionan, donde pasas del miedo a la compasión y de la tristeza a la alegría sin olvidarnos de la esperanza.

Quiero dar las gracias a Felipa Fernández Ortiz por la confianza depositada en mí para escribir esta novela basada en su vida.

Y, como ella nos explica con detalle, todos tenemos nuestro particular ser de luz al que nunca olvidamos.

(Juan, no te preocupes que lo tengo todo controlado.
Es decir, que vivimos inmersos en un espectacular y bonito caos).

Carlos Rodríguez Garrido

Prólogo

Conocí a Felipa a principios de 2015. El primer recuerdo que me viene de ella es su sonrisa. Menudita y dicharachera, su mirada nunca te deja indiferente. Cuando fija sus ojos en ti no solo te mira, sino que te observa, te analiza y descubre en un solo parpadeo hasta los secretos mejor guardados que una puede llevar dentro. Yo ya sé que nada le puedo esconder. Y lo mejor de todo es que no necesita mirarte. Cuando coges el teléfono y la llamas, solo tienes que decir: «¡Hola Felipa, ¿cómo estás?» para que te conteste: «Ya sabía yo que me ibas a llamar. Ayer pensé en ti y te noté inquieta. Quédate tranquila que es lo mejor que te ha podido pasar». Y así, sin haberle contado el motivo por el cual la llamabas, ya te lo dice todo.

El 23 de abril de 2015 puse en marcha mi editorial y presenté en esa misma ocasión mi segunda novela titulada *Gold Beach*. Ella estuvo presente y con gran ilusión fue de las primeras en comprarla. Cuál fue mi sorpresa cuando al cabo de un par de días me llamó para decirme que ya la había terminado y que le había parecido una historia apasionante. Cuando me dio la enhorabuena no me imaginé la propuesta que tenía que hacerme.

Leer mi novela le hizo replantearse sacar a la luz un proyecto que tenía guardado durante años en un cajón. Sin ninguna idea de editar, Felipa estuvo durante años escribiendo sus vivencias en hojas sueltas que fue guardando sin ningún propósito hasta que me conoció.

Aún recuerdo el día que nos vimos para tomar un café y me propuso escribir su historia. Literalmente me quedé boquiabierta. Lo primero que hice fue agradecerle la confianza depositada en mí. En aquel mismo momento me entregó una carpeta con algunas hojas de lo que había ido escribiendo. Le dije que lo leería con calma y que le daría una respuesta en breve. Nada más llegar a casa me sumergí en su historia. Leer de su puño y letra algunos momentos de su vida me destrozó el corazón. Cuánto sufrimiento, dolor y desesperación encontré en aquellas páginas. Nada más

terminar de leer todo lo que me había entregado supe que esa historia merecía ser escrita. Su vida no podía quedar en el anonimato ni en el olvido y así se lo hice saber.

Mi editorial empezó a crecer a pasos agigantados y mi tiempo para escribir se empezó a reducir a la misma velocidad. Los días pasaban y nunca encontraba el tiempo necesario para continuar escribiendo la novela que ya había comenzado sobre su vida, así que una mañana la llamé y le propuse la opción de que uno de mis escritores se hiciese cargo de su historia. Cuando le comuniqué el nombre del escritor, después de unos segundos de silencio, me dijo que le parecía una idea estupenda, que era un gran escritor y muy buena persona. Yo, con el teléfono en la mano, cerré los ojos y empecé a sonreír cuando siguió mencionando algún que otro detalle particular del escritor. Como ya he dicho antes, a Felipa no se le escapa nada.

Y así fue como la vida de Felipa fue a parar a manos de Carlos Rodríguez.

La imaginación de Carlos no tiene límites. Cuando nos entregó las primeras páginas para que valorásemos si su idea inicial nos encajaba, descubrí una vez más esa mente maravillosa que él tiene capaz de crear una historia de ficción donde encajaba a la perfección la vida real de Felipa. Después de que Felipa diera su visto bueno, la historia fluyó a la velocidad propia de los escritores que guardan miles de tramas dentro de su mente a la espera de que se les abra la puerta para que puedan salir a la luz.

En las páginas de *Memorias de un ser de luz* encontrarás dos mundos paralelos que se unen a través de una mujer: Felipa Fernández Ortiz.

Gracias, Carlos, por escribir historias que me llegan al corazón y gracias, Felipa, por tu confianza en mi persona para presentar al mundo tu vida.

Que disfruten de la lectura.

Isabel Montes Ramírez

Capítulo 1

MORAIRA

El chalet, edificado en una sola planta, consistía en un simple rectángulo dejado caer sobre la ligera pendiente del terreno. La fachada se veía herida por grietas de disparejo grosor y en algunos puntos el agua de lluvia había arrastrado la tierra dejando al descubierto la cimentación. El propietario lo había construido con sus propias manos, sin duda a base de toneladas de voluntad más que de buenos materiales, aprovechando su tiempo libre. Las paredes se encontraban ennegrecidas por la humedad, las baldosas que aún no estaban rotas se mecían al pisarlas, acompañadas de un eco perpetuo y opaco, y la humedad del mar se colaba por todas y cada una de las ventanas y puertas de la casa. En el baño, un congelador a merced del viento de enero, el váter rezumaba líquidos de diversas tonalidades oscuras a causa de la torpeza con la que se había instalado la fontanería.

En compensación, la casa presumía de un gran porche de madera orientado al sur, cinco escalones por encima de un hermoso jardín con la flora más variada del vecindario, árboles frutales, hierbas aromáticas y hasta un pequeño huerto instalado en una esquina. Una parra se aferraba a una estructura de cañas y alambres con la intención de aliviar ligeramente la canícula insufrible del verano mediterráneo.

Ese jardín trasero fue todo lo que le importó a mi amigo Alberto, actual dueño del chalet, que tras la muerte del aprendiz de albañil lo había adquirido por un precio que daba risa, sacando provecho de las uñas con las que los hijos andaban dirimiendo las disputas sobre la herencia. Una bicoca a doscientos metros escasos de la cala del Portet de Moraira, con la mole del Penyal d'Ifac como eterna imagen de amaneceres de ensueño.

Alberto Martín era profesor de matemáticas en un instituto de Calp, había escrito dos libros sobre métodos de enseñanza dirigidos a adolescentes y poseía un canal propio en YouTube, en el que, cada semana, impartía clases de esa materia. Vídeos que contaban con millones de seguidores, tanto en España como en América Latina. Un éxito abrumador: por la cantidad de alumnos, por los medios de comunicación que se interesaban en su trabajo y porque era constantemente invitado a asistir a seminarios y conferencias. La cantidad de imitadores en la materia que, como la plaga de hongos que tapizaban las paredes del chalet, había aparecido en la red lo corroboraba.

Desde el comienzo de la primaria, Alberto había sido el raro de la pandilla. Siempre parecía encontrarse en una dimensión desconocida, mostrando la boca abierta y una mirada clavada en el punto más opuesto posible al de los demás. «Bobo» fue el mote con el que le bautizamos. Un apodo que, en la actualidad, su propietario aún ostenta con orgullo. Las anécdotas sobre su persona se podían contar por docenas, sobre todo en la escuela. Los profesores, en un principio irritados por su extraño comportamiento, dejaron de atosigarle cuando todos sus exámenes merecían el sobresaliente. En contra de lo que pudiera parecer, Bobo no era antisocial, solo que se manejaba en un espacio distinto que no siempre coincidía con el de sus semejantes. En nuestro grupo encajó desde el primer día. Considerándonos los rebeldes de la clase, la llegada de Bobo hizo aumentar nuestra sensación de seres distintos y, por tanto, geniales. Se nos unía cada tarde para merendar, cargado con un bocata de mortadela y galletas rellenas de chocolate para repartir. No solía participar en nuestras gansadas, más por patoso que por cobarde, pero nos seguía sin rechistar y se reía a carcajadas tras alguna gamberrada.

Para cuando llegamos al bachillerato, el bueno de Martín ya era de manera oficial nuestra hada madrina. Como si de un profesor particular se tratase nos aclaraba las dudas, nos diseñaba los trabajos más difíciles y,

mediante un sofisticadísimo sistema en el que utilizábamos los dedos y la posición de los bolígrafos sobre la mesa, nos comunicaba las respuestas en los exámenes de tipo test. Una joya de amigo que, como cabía esperar, había sido el único en tener un trabajo sólido y decente y gozar de una existencia aproximada a lo que se entiende por estabilidad mental.

Yo, por mi parte, tras el bachillerato me había dedicado a abandonar periodismo en el segundo año para consagrarme a mi pasión, la escritura. Lo que venía a significar que mi vida consistía en estar a dos velas, verlas llegar y pasar y hallarme en un estado de continuo sobresalto. Una vida idealizada cuya meta se situaba en encontrar un *Millennium* o quizá unas cuantas *Sombras de Grey* —con una decena me conformaba— o tal vez, incluso, mi *Harry Potter* particular que me lanzara al estrellato y que me permitiera codearme con lo más selecto de la literatura mundial, escribir con las espaldas cubiertas por ventas fijas y cambiar mi Seat Ibiza de diecinueve años, que solo los dioses podían saber cómo seguía circulando.

La realidad, sin embargo, consistía en una autoedición desastrosa y dos novelas cortas ambientadas en el Caribe que pasaron por el panorama literario con más pena que gloria hasta que, tres meses atrás, había sido el flamante ganador de un concurso de novela de una diputación provincial de repercusión y premio moderados. Una historia escabrosa, sin muchas pretensiones, con bastantes crímenes y personajes peculiares, muy en línea con la moda literaria actual. Tras el hachazo de hacienda, la recompensa económica apenas me alcanzaba para subsistir un año. Además, según la última reunión mantenida con el editor, un tipo seco y arrogante, viva imagen de don Pantuflo Zapatilla, las ventas no estaban siendo «lo que cabía esperar dadas las circunstancias». Me lo dijo haciéndome un escaneo general con su mirada acuosa, como esperando alguna reacción. Yo, sin mostrar el más mínimo interés por conocer dichas circunstancias, me concentré en terminar mi chuletón de Ávila, que estaba cojonudo, regocijándome con su contrariedad.

Aquella pandilla de amigos nacida en la primaria se continuó reuniendo cada cierto tiempo para comprobar como, en la mayoría de los casos, los sueños de juventud habían quedado reducidos a eso, a unas fantasías que la realidad, cruda, inmisericorde, había hecho estallar en astillas hirientes. Fue precisamente durante la última reunión cuando, saboreando el quinto cubata, le confesé a Alberto que me encontraba ante el síndrome de la hoja en blanco o, más bien, el síndrome cruel de no encontrar una historia que llevarme al ordenador.

Todas las historias que tramaba mi mente me parecían fascinantes, llenas de matices que harían las delicias de mis lectores; un puñado de minutos después, las mismas tramas se trocaban en un bodrio ilegible que me llevaría de manera directa al abismo de los escritores penosos. A la espera de la aparición de la historia perfecta, me consagraba con ahínco a pulirme el dinero del premio literario en vodkas con zumo de naranja.

—Vente conmigo —dijo Alberto Martín con su calma habitual, mirando al techo de un bar de Ruzafa. El alcohol lograba soltarle la lengua, también que su punto de visión se alejara un poco más del de su interlocutor—. El mar en invierno. Pocos vecinos. Tranquilidad asegurada. Fijo que encuentras la historia que estás buscando.

—No quiero molestar, Bobo —aseguré, considerando la oferta de manera positiva. Quizá la solución a mi vacío de ideas estuviera en escapar de mi mundo cotidiano y abandonar Valencia una temporada.

Mi amigo dibujó media sonrisa.

—Molestabas cuando me hacías pagar todas las copas y al final eras tú el que te llevabas a la cama la tía más buena de la noche, cabrón. —Se encogió de hombros—. Me gusta cómo escribes. Quiero más.

Y así es como llevaba dos semanas asomado al Mediterráneo de la costa alicantina, esquivando las corrientes de aire —algunos días verdaderos huracanes— de Villa Esmeralda, pomposo nombre con el que habían bautizado al chalet, tratando de limpiar lo que Alberto no había limpiado

desde que lo ocupara y devanándome los sesos en la búsqueda de la historia perfecta que me haría escribir la novela de mi vida.

Aquella mañana, como siempre hacía al levantarme, agarré la fregona y sequé el líquido pestilente que rezumaba del váter. Después gasté medio bote de ambientador barato de esencia de pino y abrí un poco la ventana. De nuevo en la cocina, preparé la primera cafetera del día, me envolví en una manta de viaje y salí al porche. El sol se reflejaba con furia en el mar y tuve que entornar los ojos. Al Penyal d'Ifac le tocaba un amanecer de color verde oscuro con matices plateados donde incidían los rayos solares. La mole rocosa que se adentraba en el mar surgía distinta cada mañana, y la variedad de combinaciones en su forma y color resultaba asombrosa.

Un lugar idílico, sin duda, pero que a mí empezaba a saturarme. Por las mañanas arreglaba la casa, preparaba la comida y daba largos paseos. Tras el almuerzo, Alberto se encerraba en su habitación para grabar los vídeos tutoriales; yo recogía la comida y preparaba más café. Entre tamaña actividad maquinaba, desarrollaba y enlazaba tramas tan absurdas que hasta me daban ganas de llorar. Mi cuaderno de notas, que me quemaba en las manos como recuerdo de mi incompetencia, seguía en blanco. El Word, sin abrir.

Acostumbrado al bullicio de la ciudad, la soledad del Portet me resultaba deprimente. Con apenas media docena de casas habitadas todo el año, sus calles eran un pueblo fantasma a merced de la humedad y el viento frío. El chalet que se alzaba junto a Villa Esmeralda era uno de los pocos con inquilinos, habitado por un matrimonio algo mayor y un tanto extraño, a quienes se podía ver a cualquier hora del día sentados en sendos butacones tras la galería acristalada. Apoyado en la barandilla, dejando que los rayos del sol acariciaran mi rostro, advertí las miradas de mis vecinos. Levanté y agité la mano y ambos me devolvieron el saludo. El hombre pronto desvió la atención; la señora, más descarada, mantuvo mirada y

sonrisa. También sonreí, imaginándomela tan muerta de aburrimiento como yo.

Un día, al preguntarle sobre los vecinos, Alberto se rascó la cabeza.

—No les conozco mucho.

A continuación añadió: «Parecen buena gente»; expresión que adiviné antes de que la pronunciara porque para Bobo el mundo era un Disneyland compuesto, en exclusiva, de buena gente.

El chalet de construcción moderna tenía la fachada blanca, ventanas verde pastel y tejado de pizarra. No era necesario ser oficial de albañilería para adivinar que los materiales empleados y el acabado de la misma eran de una calidad muy superior a Villa Esmeralda. El jardín, sin embargo, era más pequeño y lucía menos espectacular. Quizá fuese esa la razón por la que había sorprendido a la señora, en más de una ocasión, fisgoneando entre los huecos del cañizal que separaba ambas propiedades.

Me serví otra taza de café; me encendí otro cigarrillo y jugué con las volutas de humo; me hurgué la nariz con tesón; cambié las piernas de posición un par de veces; me rasqué la entrepierna sin tener necesidad; imaginé el recorrido del paseo matutino.

Suspiré.

Allí no pintaba nada.

Regresé a la cocina y saqué del congelador un paquete de chuletas de cordero y una barra de pan. Complementaría el almuerzo con una buena ensalada y abriría una botella de Ribera del Duero. Después de comer, le daría las gracias a Alberto por su hospitalidad y le comunicaría mi decisión de regresar a Valencia. El invierno junto al Mediterráneo no había despertado mi creatividad; al contrario, amenazaba con desquiciarme aún más.

Me coloqué el plumas y protegí mi garganta rodeándola con la bufanda. Recorrí el jardín y abrí la verja con la intención de disfrutar de mi último paseo por la arena de la pequeña y encantadora cala.

El destino, sin embargo, me esperaba a dos pasos de la puerta trasera del chalet.

—Tú debes ser el escritor, ¿verdad?

Ataviada con un mono de trabajo la vecina me lanzó una sonrisa a través de los barrotes de la verja. Llevaba en la mano unas tijeras de podar y de su brazo colgaba una cesta de mimbre. Tenía el rostro moreno, de piel firme y sin arrugas, y sus ojos, verdes con una intensidad abrumadora, reflejaban la luz del sol con la mayor de las alegrías. A su amable sonrisa se unió una voz llena de matices apacibles. Su aspecto me fascinó de inmediato.

—Escritor soy, señora —le devolví la sonrisa—, pero quizá se refiera a mi amigo Alberto, el dueño de la casa. También lo es.

—Sí, sí. Lo sé —afirmó, utilizando las manos como si espantara moscas —. Pero él escribe cosas técnicas, ¿verdad? Yo me refería a ti.

—Pues muchas gracias —dije tontamente.

Como cualquier escritor, pensé en preguntarle si había leído alguno de mis libros, pero ella se me adelantó.

—Aún no he leído nada tuyo, pero no tardaré. Tu trabajo promete.

Darle de nuevo las gracias hubiera sido una estupidez por mi parte, pero, atrapado por su mirada, no acertaba con las palabras.

La señora extendió su brazo huesudo por encima de la valla de madera.

—Felipa, la vecina cotilla —se presentó guiñándome un ojo.

—León —enrojecí hasta las cejas—, encantado.

Ella soltó una carcajada.

—El jardín de tu amigo es una preciosidad y reconozco que he fisgoneado para coger ideas. El nuestro es tan soso… —Abrió la verja y haciéndome gestos me animó a pasar. Caminó delante de mí sobre el césped bien cortado y habló hacia ninguna parte—: Seguro que te apetece otro café. ¿Qué serían las mañanas de invierno sin litros de café?

Un par de minutos después me encontraba tras el estupendo ventanal, frente a un expreso suavizado con estevia y flanqueado por una sonriente Felipa y por Rafael, su marido, quien perfectamente podría haber salido de un retrato realizado en el siglo XIX por algún pintor británico. Sus ojos eran de un azul cristalino, casi acuoso y se peinaba con raya a la derecha inmovilizada con fijador; perfectamente enhiesto en un sillón de mimbre, el exagerado y encerado bigote ayudaba a darle a su persona un aire de marcialidad. Pronto quedó claro que don Rafael era parco en palabras, pero sonreía con generosidad ante las ocurrencias de su esposa.

—Rafael, como ya te dije, León es escritor —dijo Felipa con un deje de afectación—. Y una gran persona —afirmó.

Con un respingo pensé en las barbaridades que Bobo les había podido contar sobre mí. Un café, una copa de vino, un *gin-tonic*…, cualquiera de estas exquisiteces podía perderle la mirada tanto como desatarle la lengua.

Don Rafael hizo un gesto afirmativo para después desviar su atención hacia un libro enorme y antiguo que descansaba sobre su regazo.

—¿Qué está leyendo? —pregunté por cortesía.

—El *Manipulus Curatorum* —afirmó Felipa sin pestañear—. Un incunable del siglo XIV. Rafael es un amante de los incunables.

El dueño de la casa afiló su bigote.

—Es una copia, claro —dijo mostrando con dificultad la tapa de aquel tocho. A bote pronto, le calculé cuatro kilos—. ¿Te interesan los libros antiguos?

—Me temo que no. Bastantes problemas me dan los modernos.

Felipa se apresuró a acercarme la bandeja de las pastas mientras carraspeó su garganta para prepararse a hablar.

—De eso, precisamente, quería yo hablarte.

Y así, como quien no quiere la cosa, fui introducido en el mundo particular de Felipa. Después de mi segundo desayuno, la seguí por las escaleras y entramos en una habitación que ella denominó como su estudio-taller, saturada de cuadros que colgaban de las paredes, se apilaban en montones o reposaban sobre los muebles. En un caballete había un lienzo con un esbozo al carboncillo. Me fue fácil reconocer la cala del Portet vista desde su lado norte, desde el lugar donde se alzaban las dos viviendas. En el horizonte izquierdo, la silueta del Penyal, emblema incuestionable de aquel tramo de costa mediterránea.

—Me gusta —confesé, escaneando la habitación.

En ese instante mi atención se había dirigido hacia un par de retratos con una mezcla de colores sorprendente pero equilibrada.

—Son vecinos de aquí, de los chalets cercanos, pero de los que prefieren la ciudad para pasar el invierno —dijo con fastidio.

Gente inteligente, pensé yo. Felipa eligió un cuadro de entre un grupo apilado bajo la ventana.

—Mira este. ¿Qué te parece?

Alberto, en tonos pastel y pintado de frente, mirada a las antípodas del pintor. Lucía barba de varios días y una sonrisa leve, pícara dejaba entrever sus dientes.

Me quedé asombrado y solté una exclamación.

—¡Está genial! Lo ha clavado.

—Todavía le faltan unos retoques, pero Alberto es fácil de pintar, porque en él no hay impurezas, es todo alma, transparencia. No se encuentra mucha gente con su calidad humana, ¿no crees?

—Así es —respondí emocionado.

—Cuando esté acabado se lo regalaré. Es una sorpresa. —Me interrogó con la mirada y yo asentí—. ¿Sabes? Jamás termino un cuadro de una vez. Prefiero esconderlo, olvidarme de él durante unos días, semanas o meses incluso. Como si jamás lo hubiese pintado. Cuando lo retomo me sorprendo

a mí misma encontrando matices que me habían pasado desapercibidos en un primer momento.

—¿Hace mucho tiempo que pinta? —pregunté.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—El gusto por la pintura lo heredé de mi familia materna. ¡Son originarios de la mismísima Florencia! —dijo con orgullo—. Desde bien niña empecé a dibujar con tizas, en el suelo. O con palos en la tierra. Igual que hizo mi madre.

Confesó no ser constante en su vocación. Igual pasaba en el estudio las veinticuatro horas del día como transcurrían semanas sin coger un pincel.

—Nunca la he visto pintando en el patio.

—Ni me verás hasta que llegue el buen tiempo —sonrió—. Soy pintora, no masoquista. Y muy friolera.

La mujer se acercó a la mesa del rincón. Ordenador portátil, impresora, teléfono móvil y una pila de papeles en difícil equilibrio. Sobre la pared, el cuadro más grande de la habitación mostraba la cala del Portet desde un punto en el mar. Tras la playa se distribuían las fachadas blancas de los chalets y sus tejados oscuros entre las ramas retorcidas de los pinos.

—Ese cuadro lo pinté desde un barco, desde luego. El verano pasado Rafael y yo nos dimos el lujo de alquilar un yate. —Señaló con el dedo un sofá de mimbre cuya esquina no estaba ocupada por lienzos—. Ponte cómodo, León.

La invitación a sentarme me hizo suponer que la charla iba para rato. Crucé las piernas, acepté el Fortuna que me ofreció y esperé acontecimientos.

Sin embargo, Felipa se mantuvo en silencio, mirando hacia el exterior, dejándose acariciar por el sol que entraba impetuoso y cegador por la ventana.

—Así que la afición por la pintura le viene de familia —me atreví a recordar para romper un silencio que amenazaba con volverse incómodo.

Mis palabras la hicieron reaccionar y se volvió hacia mí. Había una nota de pesadumbre en el tono de su voz.

—Así es. De mi familia heredé muchísimas cosas. Algunas buenas; otras, no tanto. Como en cualquier familia, vamos. Pero es de mi madre de quien quiero hablarte.

—Por algo en especial, supongo.

—Supones bien. Mi madre fue…, fue una mujer excepcional. —Felipa punteó con el dedo la pila de papeles sobre la mesa—. Llevo días organizando sus papeles.

—¿Eso lo escribió ella? —pregunté sorprendido.

—Así es. Es una especie de diario. Nunca fue constante al escribirlo, como yo no lo soy al pintar —afirmó, bajando la mirada—. Pero jamás dejó de hacerlo.

Felipa volvió a mirar por la ventana. La cima del Peñón se vestía ahora de tonos ocres; la base de la roca, en grises. Hasta la llegada de la noche, aún viviría más cambios de color.

—Mi madre llevó una vida dura, triste, extraña, pero, sobre todo, original. También fue una gran luchadora que, al final y contra todo pronóstico, logró ser feliz.

Empezaba a intuir qué pintaba yo en aquella habitación cuando me clavó sus ojos verdes.

—Una felicidad ganada a pulso, te lo aseguro. —De nuevo, giró sobre sus talones—. Me gustaría que lo leyeras —dejó en el aire.

Tragué saliva. Sudé solo de pensar en leer aquella pila morrocotuda de hojas.

—Andas a la búsqueda de una historia. Aquí tienes una.

Volví a tragar. Joder con Bobo. Mi triste vida parecía ser del dominio público.

—Precisamente yo…

—Solo te pido que lo leas. Luego decides.

Lancé otro vistazo receloso hacia los folios. Me llevaría meses y mis recursos económicos tenían fecha de caducidad.

—Tengo unos pequeños ahorros; si decides escribirlo, te pagaré. Estoy segura de que llegaremos a un acuerdo.

Alcé las manos.

—¿Por qué yo? Alberto…

Ella negó con firmeza.

—Tu amigo es genial para la enseñanza, pero me temo que no es capaz de hilar y desarrollar una historia como la que tienes sobre la mesa. No necesito un matemático soñador, sino un prosista con los pies en el suelo.

«Un prosista con los pies en el suelo» era la descripción sobre mí mismo más alejada de la realidad que podía imaginarme.

Sin tiempo para reflexionar, tampoco para protestar, me colocó bajo el brazo una carpeta que contenía una porción de aquellas páginas. Sudando frío, calculé que no me llevaba ni un diez por ciento de lo que la madre de Felipa había escrito a lo largo de su vida.

Cerré la puerta del jardín. Eché una última mirada a la cristalera de los vecinos. Felipa me decía adiós con la mano moviendo los dedos con rapidez; Rafael retiró la vista unos segundos de su incunable para dibujarme una simpática sonrisa.

Mientras devorábamos las chuletas, le comenté a Alberto lo sucedido durante la mañana. Sin embargo, me abstuve de echarle un sermón a propósito de haberle dado cuenta de mi vida, con pelos y señales, a nuestros queridos vecinos. Hubiera servido de poco, ya que en la versión Barbie de su vida no existía nada reprochable en el hecho de hablar de las interioridades de la gente a desconocidos. Con un gesto de satisfacción se limitó a comentar que, al fin, tenía una historia.

—Te lo dije. Nada como la cercanía del mar para la inspiración.

Tampoco entonces le confesé mi intención de regresar a Valencia. Qué tenía que ver el color negro de los ojos de la señora Felipa, sus pinturas, la historia de su madre o aquel marido tan peculiar con mi marcha no lo hubiera sabido explicar en ese instante.

Sin tomar el postre Bobo se metió en su habitación, aislándose por completo del exterior.

Recogí la mesa. Barrí. Puse el lavavajillas. Hice una cafetera que saqué a la terraza. Encendí un par de cigarrillos y alterné el panorama de la roca y el mar con miradas maliciosas hacia el interior, a la silla donde descansaba la carpeta de la madre de Felipa.

No me apetecía en absoluto indagar en la vida de nadie. Una persona bloqueada en las tinieblas de la apatía, como era mi caso, carece del arrojo suficiente para contemplar la miseria —o la felicidad— ajena.

No vi a los vecinos calentándose al sol de la tarde. Sí sentí en mi espalda como quemaba el calor que irradiaban aquellas malditas hojas.

Al final estiré el brazo y alcancé la carpeta. Me acomodé y extraje el contenido. Mi vida iniciaba un nuevo rumbo.

Terminé la lectura de las primeras páginas del diario de un tirón, sin encender un solo cigarrillo, gesto mecánico con el que quiero convencerme de que me relajo, pero que, en realidad, me pone más de los nervios. Me dolían los ojos, la nuca, los glúteos, y tenía una pierna atravesada por calambres. Felipa hija había logrado engancharme a la historia de Felipa madre a través de unos manuscritos plagados de tachaduras, correcciones y notas marginales. Las faltas de ortografía se veían compensadas por una letra clara y redondeada, fácil de comprender.

Cerrando la carpeta, dejé que mi imaginación empezara a darle forma a la manera de plasmar esa historia en una novela. Desconocía si era la que andaba buscando, la que lograría darme el reconocimiento definitivo, pero ya no me importaba. Con solo haber leído el principio, tenía claro que deseaba novelar aquella vida.

A la mañana siguiente abrí la verja vecina para comunicarle a Felipa mi intención de escribir la historia de su madre, Felipa Fernández Ortiz. Tuve la certeza de que me estaba esperando. La cafetera humeaba sobre la mesa junto a una bandeja con pastas, otra con cruasanes y una jarrita con leche. Tres tazas de porcelana esperaban a ser llenadas.

—Va a ser un libro magnífico, ¿verdad? —aseveró con satisfacción a modo de buenos días. Rafael, para apoyar la afirmación de su mujer, se atusó el bigote y guiñó un ojo. Felipa me entregó otro grupo de folios sujetos con una cinta de color rojo.

Poco antes de que Alberto regresara del instituto había leído la segunda entrega. Una mirada rápida hacia los destellos del agua del mar en calma y el recuerdo de la vida de Felipa Fernández me bastaron para encontrar el título de la novela: *Memorias de un ser de luz*.

No lo dudé ni un segundo. Una lluvia incesante de ideas se agolparon en mi mente ordenadas y deseosas de quedar plasmadas para siempre. Tenía entre mis manos la historia que tanto había estado esperando. Abrí mi portátil y empecé a escribir.